

tos y nosotros tenemos un pie en cada uno porque somos hijos de la filosofía griega y de la ética de vía bíblica. Pero luego, todo lo que deriva de eso, el momento en que con el cristianismo sepulta la forma de pensar de los griegos sobre la base de una creación y un orden universal teológico, ese momento me interesa muchísimo porque ahí lo que se arma es un caos del que hemos salido hace sólo cincuenta años. San Agustín, Santo Tomás, las mentes más inteligentes y privilegiadas se dedican a resolver el problema de la Santísima Trinidad y a aplicar esto al Producto Interior Bruto, la monarquía, el gobierno... porque todo forma parte de lo mismo. Así que a mí me gustaba mucho ese momento en que confluyen las dos formas de ver el mundo: la de los griegos y romanos, que son lógicos y luego tienen un mundo caótico de los dioses que hacen lo que les da la gana y no se ocupan de los hombres, esos dioses que son un ejemplo al revés, de lo que no hay que hacer. Y luego choca con otros hombres que viven sólo para cumplir la voluntad de Dios, que tienen unas normas que están perfectamente explicitadas y que ellos cumplen a rajatabla, incluso ahora lo siguen haciendo.

– *¿Qué opina de la forma en que han evolucionado esas creencias y esos rituales en pleno siglo XXI?*

– Es que este libro surgió también a raíz de varios viajes que hice a Israel y en los que me interesó muchísimo todo lo que vi. La parte cristiana, el Santo Sepulcro, Nazaret, todo lo que se conserva y que es objeto de peregrinaje se ha convertido en un *reality show* disfrazado. Poca gente sabe que en Nazaret se puede visitar la carpintería de San José. ¡Y que en el Santo Sepulcro está en cráneo de Adán! Pero no simbólicamente, sino que está allí. Eso sí, con una escenografía muy bien montada porque hay que meter el brazo por un agujero para tocar el cráneo, así que, con cierta sensación de miedo a ver si te muerde un bicho, tocas algo que no sabes qué es. Hay que dejar en la puerta todo Darwin e incluso el creacionismo porque aquello lo sobrepasa todo. En El Cairo se

«En Nazaret se puede visitar la carpintería de San José. ¡Y en el Santo Sepulcro está el cráneo de Adán!»

puede visitar la casa donde estuvieron José y María en la huída a Egipto.

– *Pero si no existía El Cairo*

– Ya, pero está el piso que alquilaron. Es que si se cree, se cree esto. Creer en una fuerza telúrica es más difícil que creer en los Reyes Magos, los pajes, los camellos... A mí me interesa esta contradicción.

– *También se da en el protagonista, en Pomponio Flato, porque es un hombre racional y sin embargo anda buscando unas aguas milagrosas de cuya existencia ha leído en los textos.*

– Sí, por ejemplo Plinio el Viejo sitúa esas aguas que dan la sabiduría en Cantabria, cosa que no es verdad porque si bebieran de ellas quizá serían de otra forma en Cantabria (ríe). También hay otra en la que decían que si metías una antorcha apagada se encendía, en fin, se creían muchas cosas. Pero es verdad que la razón, la ciencia, es una forma de ir avanzando desde el error hacia fuera en vez de ir hacia dentro, y convertir las creencias en supersticiones. Así que la declaración que se hace al final de «bueno, ya sé que me van a engañar muchas veces, ya sé que me venderán muchas motos» es el precio que hay que pagar. El que no quiera ser estafado, que no salga de casa, porque si viajas te engañan.

– *Ha citado alguno de los referentes literarios sobre los que construye la novela, pero también hay alguno del cómic, de Asterix, y del cine, como toda una atmósfera que recuerda a la de la película La vida de Bryan.*

– Sí, están esos dos referentes. De *La vida de Bryan* y todo Monthy Pyton, me siento muy honrado, pero el otro, *Asterix*, era una preocupación mientras escribía el libro porque no me gusta nada. Claro que me parece muy divertido y los dibujos son fantásticos, pero no quería caer en su utilización del anacronismo. Borges dice: «El que usa anacronismos es un bellaco». Las rebajas en el foro, los embotellamientos a la entrada de Roma el fin de semana, etc. todas esas cosas para conectar con la cotidianidad del lector me parecen trucos de baja cocina.

**«El que no quiera ser estafado,
que no salga de casa, porque si viajas
te engañan»**

– *Y, sin embargo, cuando usted habla en la novela sobre la «desacralización de los terrenos» no es un anacronismo para hacer reír, sino una realidad que explica en el apéndice final del libro. ¿De verdad había especulación inmobiliaria ya en el siglo I de nuestra era?*

– ¿Pero a quién se le ocurre pensar que en algún siglo no haya existido la corrupción inmobiliaria? En muchas historias y novelas romanas se habla de la especulación. Roma tenía más de un millón de habitantes y había casas de diez pisos. Por lo tanto, muy raro sería que si había corrupción con las provisiones de trigo y el suministro al ejército, no lo hubiera también con la construcción. En *El Satiricón* aparece: hay un personaje muy rico del que todos se burlan porque dicen que ha hecho su fortuna con la especulación inmobiliaria. Y todos andan metidos. Julio César tenía un proceso pendiente por dejar algún dinero para la compra de terrenos, y debía de pasar lo mismo en Mesopotamia, en Berlín y en todas partes.

– *De nuevo recurre a una trama detectivesca, con un detective algo estrafalario, pero detective al fin y al cabo. ¿De dónde le viene esta afición por la novela negra?*

– Primero porque me gustaba mucho durante una época de mi vida, leía muchas novelas del género y me parecían tan estupendas que tenía el deseo, al que todavía no he acabado de renunciar, de escribir una novela policíaca canónica, pero para eso hay que tener un talento especial. Seguramente hay que ser una señora inglesa con moño, que son las grandes del género, no se sabe por qué. Es como si un noruego quisiera torear..., sin aceptar que el Señor no les ha dado este don. Por otro lado, en esa época, cuando yo empezaba a escribir, estábamos todos muy pendientes de la novela de intriga, que en España no existía, porque nos parecía en aquel momento una novela que posibilitaba la denuncia social, el descubrimiento de todas las cosas tapadas que había en una época. Entonces con Juan Marsé, con Vázquez Montalbán y todo el

«¿A quién se le ocurre pensar que en algún siglo no haya existido la corrupción inmobiliaria?»

grupo que nos reuníamos a tomar copas y a cenar de vez en cuando en Barcelona, pensamos: «¿Por qué no creamos una novela policíaca propia, española?». E hicimos ese intento en aquel momento. Vázquez Montalbán con su Carvalho, Marsé con sus propias historias, las mías más bien por el lado humorístico... Y luego es que el género negro tiene una ventaja muy grande, ahora que ya me he desengañado de toda crítica social, y es que es el único género que tiene un canon fijo como la misa, o como la ópera. Y eso es muy cómodo cuando se escribe sin pensar como hago yo; cuando se escribe a ver qué sale hay que tener un patrón para ir siguiéndolo. Y la novela policíaca es el único género que tiene un patrón tan marcado que con crear la estructura y rellenar los vacíos ya sale. Lo importante es que el relleno sea bueno, pero cuanto más se parece al modelo, mejor, porque es lo que gusta al lector y lo que está esperando.

– *Por lo que dice, entonces, en esa distinción que hace Javier Marías entre escritores con mapa o con brújula, usted sería también de los de brújula. Se sienta, se pone a escribir y ¿se sorprende a sí mismo?*

– Sí, me sorprendo de que algo se me ocurra, siempre pienso: «Bueno, ahora qué haré». Y tardo muchísimo en sentarme, lo cual es mala señal, porque voy dando vueltas por la casa, bajo a comprar el periódico, y hasta que no me digo que ya no puede ser, no me siento. Y entonces tengo la impresión de que no se me va a ocurrir nada, y de que esta vez ya es la definitiva, y eso me sucede todos los días de mi vida. La angustia me invade pero lo importante es tener algo, unas notas, unos apuntes tomados en cualquier parte y, a partir de ahí, ir tirando.

– *Con protagonistas como el Niño Jesús o San José en El asombroso viaje de Pomponio Flato, y con los tiempos que corren: ¿No se le ha quejado nadie?*

– No se me ha quejado nadie porque por mi constitución genética no ofendo. Hay personas que son magníficas y, sin que-

«Siempre tengo la impresión de que no se me va a ocurrir nada, y de que esta vez ya es la definitiva»